



Despierta y ponte a soñar

A PLENO SOL

ALEJANDRO PEDREGOSA

La novela que
rinde homenaje
al espíritu
del 15M

Madrid, mayo de 2011. Cientos de indignados, la mayoría jóvenes, acampan en la Puerta del Sol para protestar por la realidad social y política del país. Hasta hace dos días Daniela Espejo era uno de ellos, pero inesperadamente ha desaparecido en extrañas circunstancias.

Los indignados no se fían de la Policía, así que deciden iniciar por su cuenta una investigación que aclare el paradero de Daniela. Pronto se crea un grupo de búsqueda al frente del cual está Chucho, un jubilado algo extravagante que acude diariamente a Sol llevado por la curiosidad del fenómeno 15M.

En su camino hasta Daniela, Chucho y su cuadrilla emprenderán un viaje por las entrañas de Madrid en el que los secretos del pasado y el espíritu revolucionario del presente se entretrejen y nos muestran cómo el ser humano es capaz de lograr la más grande de las hazañas, pero también de acometer la más vil de las perversiones.

*A los que crean,
a los que investigan,
a los que estudian,
a los que sueñan*

28 DE MAYO

QUEREMOS HACER UN LLAMAMIENTO

El hombre calvo pestañeaba nervioso. A pesar de la elegante chaqueta había cierto desgarmo en su manera de posar. Frente a él, un tipo grueso con una cámara al hombro manipulaba el objetivo y le daba indicaciones para que no se saliese del plano. Entre ambos, una reportera con las uñas pintadas de un rojo antiguo extendía el micrófono en la dirección del hombre calvo, que, si bien no podía dejar de pestañear, había conseguido al menos controlar sus pies y permanecer en un punto fijo para no abandonar el encuadre. El hombre observaba el micrófono de hito en hito, como un animal al que hubiera que tenerle cuidado.

A su espalda, a más de diez metros de distancia, sin pancartas, sobriamente ordenados y en un silencio rígido, decenas de personas permanecían a la espera, mientras la noche llegaba naranja y primaveral a la Puerta del Sol.

Algunos eran amigos de Daniela, aunque la mayoría no había cruzado en su vida un par de palabras con ella, o quizá sí, no podían saberlo con seguridad. Tal vez en algún instante —el campamento duraba ya trece días— la escucharon someter a votación una propuesta; a lo mejor, en una tarde bochornosa, Daniela les ofreció un vaso de gazpacho o un refresco para mitigar la sed; tampoco podían descartar los más ancianos que no hubiera sido Daniela una de aquellas chicas que buscaban sillas para que ellos pudieran seguir sentados las interminables asambleas. Quién sabía. Solo una cosa era segura: si ahora, milagrosamente, alguien

se encontraba a Daniela viajando en un vagón del metro, no iba a tener problemas para reconocerla. No en vano, una cuadrilla de voluntarios había empapelado el centro de Madrid con fotocopias a color donde podía verse su piel blanquísima, su sonrisa tibia, su frente serena y también, de alguna manera, su personalidad indómita y su espíritu curioso.

Daniela tenía veintitrés años y estudiaba Filología Hispánica a empellones. No es que la obligase nadie, eran los lances de la vida, a veces abruptos y otros sinuosos, los que marcaban el ritmo de su formación. Daniela abandonó el nido familiar apenas cumplió los dieciocho. No es que estuviera mal en casa, tampoco las estrecheces económicas la obligaron a levantar el vuelo, fue sencillamente su cabezonería ancestral, su afán por ir en busca de nuevas experiencias. Daniela vivía con la firme certeza de no encajar en ningún lado y quería conocer por ella misma el fondo de las cosas, aunque para eso, en ocasiones, fuera necesario saltar al vacío.

Por entonces, Daniela tenía una melena azabache que le bailaba en la espalda. Horas antes de anunciar en casa su declaración unilateral de independencia pasó por una peluquería y se rapó la cabeza. Era febrero, el frío estrangulaba cañerías y atenazaba indigentes. Entró en la cocina y se quitó el gorro rojo de lana. La nueva imagen fue recibida entre los miembros de su familia con desigual interés. Mientras su madre, muda de espanto, se tapó la boca con un paño de cuadros, Íñigo, el desconcertante hermano cuatro años menor que ella, corrió a pasarle la mano por la cabeza, experimentando una sedosa sensación de placer.

—Pareces un marimacho —le advirtió antes de perderse camino de su cuarto.

A Lorenzo, el padre pausado y melancólico del que Daniela había heredado unos ojos ligeramente tristes, su hija le resultaba igual de hermosa con melena que sin ella. La miró apretar el gorro de lana entre las manos. No quiso

mentirse, y comprendió que aquel corte de pelo era el desenlace de una deserción anunciada, una deserción que venía a decir: «Aquí os quedáis, que yo me piro».

Y puede que Daniela hubiera estado «pirándose» ya desde la infancia. Porque, sin llegar a ser arisca, había sido una cría independiente, que disfrutaba con los juegos solitarios, esos juegos que a la larga, pensaba Lorenzo, la habían convertido en una joven de imaginación desaforada, que pasó la adolescencia escribiendo diarios con crípticas historias que en muy raras ocasiones permitía leer.

Ahora comprendía Lorenzo, al tiempo que un pellizco de angustia le pinchaba en el estómago, que aquellos diarios juveniles eran también una forma de «pirarse».

Desde luego, a su hija se le podía reprochar un carácter complicado e introspectivo, eso no se discutía, pero no era menos cierto que Daniela profesaba un cariño incondicional por todas aquellas personas que le demostraban afecto. Poseía una generosidad bruta, un apego fiel que no solo atañía a las personas, también en las ideas, en los proyectos y en las ilusiones compartidas se volcaba Daniela con ardor, olvidándose incluso de su beneficio o de su salud. «Esta hija nuestra es capaz de dejarse la vida defendiendo un árbol del Retiro —se lamentaba Lorenzo ante la mirada paciente de Katy—. Pero, luego, las cosas que importan, las que tienen que ver con su futuro..., como el que oye llover». «Tiene a quién salir», le recriminaba Katy con cariñosa ironía.

Y en efecto, también Lorenzo, cuando era un joven taciturno y solitario, soñó con «pirarse»; pretendía ser actor y recorrer España tras la sombra lejana de Lorca y la Barraca, representando obras de un ligero carácter subversivo que ayudarían (quién lo dudaba entonces) a refundar la cultura de un país que empezaba a desperezarse. Sin embargo, nunca dio aquel incierto paso y se limitó a seguir los consejos paternos, que le animaban a dejarse de «cuchufletas» y

tomar las riendas de la joyería familiar, que, a la postre, era lo único que le iba a dar de comer.

El primer año después de marcharse lo pasó Daniela con jornadas vertiginosas que alternaban las clases en la facultad con el trabajo en una cadena de hamburgueserías. Saboreaba el fruto de sus sacrificios. Compartía piso de estudiantes, fumaba en casa, tenía cervezas en la nevera por si aparecían invitados imprevistos y vestía (por fin) sin el peso de la censura materna. La independencia requería de no pocos esfuerzos, pero Daniela los asumía con entereza y rectitud. Los fines de semana ponía copas en un bar de Malasaña y, a pesar del cansancio, solía encontrar al final de cada jornada un hueco para la secreta pasión de la escritura.

No consintió recibir, durante aquel primer año de libertad, la menor ayuda económica. «Llego bien, papá, tú tranquilo». Y Lorenzo se quedaba tranquilo porque sabía que a aquella cometa impulsiva y todavía frágil había que soltarle cuerda para que pudiera comprobar por ella misma los inesperados azotes del viento.

El curso siguiente se matriculó de la mitad de asignaturas. Había conocido a un chico y los tiempos no le alcanzaban para cumplir en plenitud con el trabajo, los estudios y el amor. Ahí Lorenzo empezó a preocuparse y le advirtió con su voz débil y prudente en un par de ocasiones: «Lo primero, Daniela, es lo primero». Pero la cometa zigzagueaba espoleada por unos vientos desconocidos y «lo primero» tranquilamente podía convertirse en lo último, o peor aún, en lo intrascendente. Lorenzo fantaseó con que la llegada del amor sirviera al menos para pulir las aristas del carácter de Daniela, y así ocurrió hasta que el chico (Lorenzo nunca preguntó los motivos) decidió bajar la persiana de aquella historia, dejando a Daniela abatida y con esa mirada boba del que descubre que el fin del mundo ha llegado sin avisar. Le vino muy bien entonces (o al menos eso pensaba Lorenzo) su irredenta costumbre de escribir diarios,

ahora, si acaso, con historias menos soñadoras, laceradas, al fin, por los rigores de la realidad.

Intentó convencerla para que se diese una tregua y regresara a casa, aunque fuera de manera transitoria, el tiempo de lamerse las heridas y recobrar ánimos para empezar de nuevo. En la mirada vacía de su hija comprendió lo que ya sospechaba, y tuvo que admitir que Daniela no regresaría, que con dieciocho años había abandonado el nido familiar, y lo había abandonado para siempre. «Dios mío, para siempre».

Le hubiera gustado sentir una lágrima por la mejilla, pero Lorenzo sencillamente no sabía llorar. Su carácter melancólico empujaba los dolores hacia adentro, por eso a veces necesitaba el favor de las pastillas para conciliar el sueño.

Ahora miraba la televisión impasible, sentado en el viejo sofá familiar. Katy permanecía en todo momento junto a él. En las últimas veinticuatro horas mucha gente había pasado por la casa, sin embargo, nunca, ni en la intimidad sexual de los primeros años, habían estado tan solos. Él lo sabía, aquellas preguntas que le palpitaban en la sien no tenían otro sentido que infligirle un daño injusto, y sin embargo no podía dejar de hacérselas: ¿En qué habían fallado como padres? ¿Cómo puede una hija «pirarse» para siempre? ¿Cuándo fue la última vez que la abrazó con todas sus fuerzas? ¿Por qué quería el destino que precisamente hoy fuera el cumpleaños de Daniela?

Katy le cogió la mano y ambos quedaron pendientes de la televisión. Lorenzo vio la cara redonda y naranja del tío Fermín como una calabaza, y esos ojos pequeños que chispeaban y nunca se quedaban quietos.

El cámara ajustó el enfoque, corrigió el encuadre y alzó la mano para señalar que todo estaba listo. Una luz potente y amarilla golpeó la calva del hombre.

—¿Empezamos, Fermín? —preguntó la reportera.

El hombre le echó un último vistazo al micrófono. Advirtió las uñas rojas de la mujer, que apresaban el mango metálico. Sintió una seguridad inesperada. Asintió.

—Estamos en el aire —susurró el que llevaba la cámara.

—Buenas noches desde la Puerta del Sol de Madrid. Podríamos contarles varias noticias de última hora, como que los acampados deciden en estos momentos en su asamblea general si continúan una semana más con sus protestas, o que el Gobierno de Madrid y el Ayuntamiento han elevado una petición al Ministerio de Interior para que proceda al desalojo de los indignados, pero, desgraciadamente, la actualidad informativa, hoy, aquí, pasa por Daniela Espejo, una joven indignada que hace dos días desapareció en extrañas circunstancias y de cuyo paradero todavía no se tiene noticia.

La reportera extendió el brazo y con un movimiento de cabeza le dio a entender al hombre que había llegado su turno. El hombre calvo respiró hondo, notó que las palabras se le atropellaban en la boca, emitió un balbuceo confuso y, sin saber muy bien cómo, se lanzó a hablar.

—Me llamo Fermín Lezcano, soy tío de Daniela y portavoz de la familia. —La saliva se le hacía escayola en el paladar—. Queremos hacer un llamamiento...

29 DE MAYO

CHUCHO, EL ENIGMÁTICO

Pensé «este chaval se va a quedar tonto de tanto mirar el móvil», y fue como si Teresa me leyera la mente, porque al instante le dijo:

—Oye, Jon, te vas a quedar tonto de tanto mirar el móvil.

No se dignó levantar la cabeza.

—Esto no es un móvil, es un iPhone.

Un iPhone.

—¿Has escuchado, Chucho?, un iPhone, ¿tú sabes qué es un iPhone?

Teresa tenía un cuchillo en la mano, estaba cortando el pan para los bocadillos. Negué con la mejor de mis sonrisas.

—Esto es más que un teléfono, es una especie de ordenador portátil —nos aclaró Jon al tiempo que sus dedos se deslizaban frenéticos por la pantalla—. Twitter está hirviendo, todo el mundo da por hecho que vamos a quedarnos aquí de manera indefinida.

—¿Has oído, Chucho? «Twitter está hirviendo», y estos piensan quedarse aquí hasta que las ranas críen pelo. —Mientras hablaba iba ordenando las lonchas de salchichón sobre el pan, como si realizara un trabajo artesanal—. ¿Y nosotros qué haremos, Chucho? ¿Nosotros somos más de Twitter o de iPhone? —permanecí callado—. Nosotros somos del Pleistoceno —acabó por contestarse ella misma.

Volví a sonreír, ahora si acaso más enigmático.

Hasta hacía cinco años yo no era enigmático, todo lo contrario, pasaba por ser un tipo bastante previsible. Eso no quiere decir que me faltara audacia en mi oficio. Me refiero a que yo hablaba si me venía en gana, y si no, me quedaba callado. Un tipo cabal, vamos.

Sin embargo, hace cinco años, a cuenta del hielo y de Mocedades, me convertí en un hombre enigmático.

Era temprano y había helado en la madrugada. Yo iba camino del trabajo, quería escuchar esa canción tan bonita que habla de una loca a la que unos muchachos traen a mal vivir, pero no recordaba en qué pista del cedé estaba. El reproductor del coche tampoco ayudó, era lento y artrítico, así que me distraje apenas el momento de localizar la canción en la finísima pantalla; el coche patinó, e inesperadamente me oculté debajo de un camión. Los bomberos tardaron cuatro horas en sacarme... con vida, pero también enigmático.

Un mes después, cuando abandoné el hospital, ya tenía esta misma mirada. Yo, por supuesto, no podía advertirla en el espejo, pero era indudable que los demás captaban algo que a mí se me escapaba. Al principio me dolió, pero no tardé en acostumbrarme a vivir en el ensimismamiento que todos me atribuían. Hubo episodios poco alentadores:

—¿Qué le ha pasado al abuelo? —preguntó mi nieto menor a su hermano.

—No sé, pa mí que se ha quedao tonto.

Pero el accidente no solo me dejó estos silencios largos y esta mirada gruesa; en algún lugar de mi cabeza, había un cable pelado que hacía chispas. Por suerte no ocurría a menudo, pero sí a veces. Era el cable que unía la infancia con la madurez, el niño con el hombre, lo lerdo con lo cabal. Daba vergüenza. Era como la euforia de un borracho, algo que te elevaba a los cielos y luego te dejaba caer. Era la ilusión de un crío delante de un árbol de Navidad.

Estos arranques duraban apenas lo justo para hacer el ridículo. La gente se quedaba admirada ante un tipo de se-

senta y pico años que corría raudo hasta la orilla de la playa para chapotear como un crío entre las olas. Era doloroso. Le pedí a mi hija que me llevara al médico, y fue ahí que decidieron jubilarme. Y con razón.

—Toma, Jon, y deja ya la maquinita —dijo Teresa tendiéndole un bocadillo.

No sabía con exactitud cuántos años tenía Teresa, pero los setenta ya no volvía a cumplirlos, eso seguro. Del grupo era la única que me superaba en edad. En los primeros días, un joven, apelando a su natural jovialidad, la llamó *abuela*. Teresa era una mujer bajita que tendía a la redondez, a pesar de lo cual se movía con una agilidad digna de asombro. Su ánimo oscilaba entre la rectitud y la dulzura, con esa naturalidad que solo las antiguas maestras pueden tener. «Yo no soy tu abuela», dijo sin acritud pero tajante; el chaval hundió la cabeza entre los hombros y Teresa se ganó el estatus que por edad le correspondía.

—Ahora tú, Chucho. —Y recibí sonriente mi cena.

Yo no me llamaba Chucho, ni siquiera era un apodo que me hubiera acompañado en algún momento del pasado, se trataba sencillamente de uno de mis impulsos, un impulso mentiroso y algo extravagante que tuve al llegar, cuando quisieron saber mi nombre. Dudé unos segundos, giré la cabeza y vi a una joven que jugueteaba en el suelo con un bóxer atigrado. «Chucho», dije. Nadie se ocupó de confirmarlo y tampoco nadie quiso saber mis apellidos. Lo aceptaron sin más, y anotaron la mentira en una lista. «Espera un momento aquí al lado, Chucho, que ahora vendrá una compañera y te llevará con tu grupo de trabajo». Eso me dijeron.

Me emocionó vagamente que admitieran entre sus filas a un tipo con un nombre tan peculiar, pero al mismo tiempo me dije que con semejante política de puertas abiertas aquellos chavales no iban a llegar muy lejos. Por lo visto, cualquiera valía, y yo, ciertamente, era un cualquiera; un cualquiera bastante aburrido, jubilado y enigmático; un

cualquiera más entre los miles de cualquiera, o como decía Lavane con su irremediable gracia andaluza: una mierda *pinchá* en un palo. Pues eso era yo. Una voluminosa mierda de metro noventa de altura y cien kilos de peso pinchada en un palo en medio de la Puerta del Sol.

Lavane tampoco se llamaba Lavane, sino Vanesa. Era de Tarifa y le añadía el artículo a todo nombre propio que se le pasara por la boca. Así, yo era el Chucho, y los demás, el Jon, la Teresa, y claro, ella... Lavane, pero sin espacios, todo seguido, así de rápido hablaba.

Lavane habían bajado al Lidl con la intención de aprovisionarse de refrescos. Yo le había indicado el tipo exacto de cerveza que debía traerme. Si ellos querían cambiar el mundo de manera abstemia estaban en su derecho, pero yo les doblaba con mucho la edad y no tenía la menor duda de que el mundo, cuando aquel campamento de primavera terminara, iba a seguir exactamente igual de emponzoñado que antes de la acampada, a pesar de lo cual yo estaba allí, con ellos, ¿por qué? Muy sencillo, por mi afición a las ensaimadas.

Yo vivía en la calle de la Magdalena, en un edificio antiguo de los que desembocan en Tirso, desde ahí paseaba cada mañana hasta la Puerta del Sol para desayunar en La Mallorquina, porque la vida de un viudo jubilado hay que llenarla de rutinas para que parezca una vida de verdad, y porque, a pesar de mis enigmáticos silencios, me gustaban los locales bulliciosos (y las ensaimadas). Una mañana observé que unas cuantas decenas de personas estaban paradas en mitad de Sol, pregunté al camarero y no supo darme explicación; así que al terminar el desayuno me acerqué a ver qué se cocía por allí. Fui con la misma curiosidad triste que yo había visto en otros jubilados, esos que pasaban las mañanas observando el avance de las obras.

Una chica con la piel muy blanca y la cara marchita de sueño me contó que la tarde anterior, al final de una manifestación, habían tenido «movida con la poli» en la plaza de

Callao y que habían decidido pasar la noche allí para protestar.

—¿Contra qué? ¿Contra la poli? —pregunté. Quería saber con quién me jugaba los cuartos.

—Contra todo —dijo al tiempo que bostezaba.

Luego se agachó y cogió un cartón que tenía tirado en el suelo. Le dio la vuelta y me lo mostró. Leí: «Despierta y ponte a soñar». Yo ya estaba despierto. Sonreí enigmático y me despedí levantando la mano.

A la mañana siguiente seguían allí, pero el número de jóvenes había aumentado hasta alcanzar el centenar. El camarero de La Mallorquina había tenido un día para enterarse de los pormenores del asunto. «Dicen que la Puerta del Sol es cañada real, y que por eso mismo tienen derecho a pasar tres noches aquí, como si fueran pastores». «Pues para ser pastor hace falta tener ovejas», terció un señor muy peripuesto. «Y estos lo que no tienen es vergüenza», remató. «Lo que no tienen es trabajo», dijo con cierta altanería otro que se tomaba en la esquina un chocolate. «Toma, claro, pero eso es culpa del Gobierno», se revolvió el señor peripuesto agarrándose con fuerza a su razón. Comprendí que había abierto un debate huero, así que regresé a la calle en busca de mi amiga. Tardé un rato en encontrarla. Estaba más espabilada que el día anterior.

—¿Cómo va la protesta? —le pregunté.

Giró trescientos sesenta grados con el brazo extendido.

—Usted mismo. Hay más gente que ayer, la cosa marcha.

Le sonreí y noté que me observaba con cierta prudencia. Conocía ese gesto, ese fruncir de cejas, lo había visto ya en muchos rostros diferentes a lo largo de dos años. Comprendí que me estaba captando lo enigmático.

—¿Todavía no os habéis arreglado con la Policía?

Ahora fue ella quien sonrió.

—No es cuestión de la Policía, o quizá sí. —Se detuvo y miró hacia arriba, como si viese sus palabras ascender—. Se

supone que el trabajo de la Policía es pillar a «los malos», ¿no?

Asentí.

—Pues entonces solo hay que ponerse de acuerdo en quiénes son «los malos».

—Los malos siempre son los malos —le aclaré.

La vi encogerse de hombros.

—Depende, para la Policía los malos somos nosotros por quedarnos parados en medio de la calle; sin embargo, yo creo que los malos son los banqueros y los políticos corruptos, que apenas pisan la calle y pasan fugaces en sus coches oficiales y blindados.

Noté que aquella joven estaba a punto de soltarme una milonga. Levanté el brazo y me despedí. Quince metros después todavía notaba su mirada perforándome la espalda.

Regresé a la mañana siguiente, y a la otra y también a la otra, pero me fue humanamente imposible encontrar a mi amiga. Más de un millar de personas, la mayoría jóvenes, deambulaban tarde, noche y día por los alrededores de Sol. Se había levantado un campamento en toda regla, y a poco que te fijases, podías reconocer esa especie de organizado desorden que palpita en todo lo que cobra vida.

Al tercer día las televisiones ya hablaban del asunto. Le dije a mi hija que no me esperara para almorzar y que tampoco me iba a pasar por el museo. Tenía que dar con la muchacha sí o sí. Helena me vio salir y supe que un pellizco se le agarraba a la tripa. No eran celos, ojalá; se trataba más bien de la ansiedad que provoca un padre enigmático y algo ciclotímico.

Como cabía esperar no di con ella, pero a cambio, en uno de mis paseos entre la muchedumbre, conocí a Teresa. Me sorprendió ver a alguien que me superaba en edad y me detuve a su lado. Desde su metro cincuenta se encorvaba ligeramente contra una libreta en la que escribía con